

FILMS
DE AMOR

30

Los taxis de media noche



NÚM.
119

25
CTS.

HELENA COSTELLO - ANTONIO MORENO - MYRNA LOY

1930

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 119

(*Midnight Taxi*) Los taxis de media noche

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el gran artista español

ANTONIO MORENO

Prod. Warner Bros - 1928

Exclusivas "DIANA"

Calle de Rosellón, 210 - Barcelona

Director John Adolff

REPARTO

Tony Driscoll	ANTONIO MORENO
Nan Parker	ELENE COSTELLO
Bill Brent.	WILLIAM ROSSELL
Sra. de Brent	MYRNA LOY

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Estreno Palau de la Prensa 6-1-1930

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 ptas colección

SERIE A

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
María Casajuana	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 tarjetas postales.

2 pesetas colección

Los Cuatro Diablos

JANET GAYNOR

PEDIDOS A

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

ON se venden postales sueltas. Acompañar el importe en sellos de correo o por Giro Postal.



PRIMERA PARTE

A doce millas de lo casta americana, donde termina la Ley Seca y empieza el contrabando, los barcos dedicados a este negocio habían hecho de la pequeña bahía natural su puerto de desembarco, y amparándose en las sombras de la noche, una verdadera caravana de taxis llegaba hasta allí, para cargar los géneros transportados por los barcos e introducirlos impunemente en la ciudad.

Tony Driscoll, alias el "Taxis", era el propietario de toda aquella "flota" terrestre, que formaba parte de una poderosa banda dedicada exclusivamente al tráfico ilegal del alcohol. Pero, a pesar de las pingües ganancias que obtenía con este negocio, Tony sentía cierta repugnancia por esta profesión, repugnancia que en más de una ocasión le había hecho sentir el deseo de abandonarla y dedicarse a un negocio lícito y honrado, que le permitiera vivir tranquilamente, y si ya no lo había hecho,

era debido a la influencia que sobre él ejercía Bill Brent, más conocido por el "Barón", alma visible del negocio, y que lo había amedrentado varias veces con denunciarlo a la policía si persistía en su idea. Mas no obstante, Tony buscaba la ocasión propicia para poderse alejar de aquella banda, adivinando que el "Barón", además de aquel asunto, tenía también otros "negocios" inexplicables.

Así las cosas, un día el "Barón" le dijo:

—Mi gente de Vancouver ha ajustado un barco atiborrado del mejor whisky que hay en el Canadá. Es un negocio para forrarse de dinero, y si túquieres, puedo dejarte interesar doscientos mil dólares...

—Es mucho dinero para exponerlo de una sola vez—respondió Tony—. Además, estoy cansado de pasar sobresaltos. Yo no he nacido para esta vida, bien lo sabes.

—Pues por eso mismo—exclamó el "Barón"—. ¿No estás siempre diciendo que no te gusta este negocio? Pues aquí tienes la ocasión de dejarlo. Te ganas un millón limpio en esta operación y te retiras para siempre.

Tony dudó un momento antes de decidirse, pero al fin, viendo en aquel asunto el mejor medio para terminar de una vez con su vida de cor'trabandista, le dijo, aceptando:

—Conformes. Yo pondré la mitad del dinero que hace falta, o sea los doscientos mil dólares.

—Entonces aquí tienes mi parte en títulos de la Deuda—contestó el "Barón", entregándole varios títulos.

Tony los examinó detenidamente, dando con ello una muestra de la poca confianza que le merecía el "Barón", y cuando los hubo hallado conformes, le dijo:

—¿Y crees tú que esa gente de Voncouver tomará papel?

—¡Pero si estos títulos son como dinero constante y sonante, que pueden hacerse efectivos en cualquier parte del mundo!!—exclamó riendo el "Barón".

—Bueno, está bien—respondió Tony—. Esta noche tendré mi parte en efectivo... Pero estoy pensando una cosa, y es que con la famita que nosotros tenemos y con lo cerca que siempre estamos de la policía no podemos llevar encima todo este dinero. Si a alguno de la brigada le da por cachearnos... ¿qué hacemos?

—Lleyas razón, "Taxi". Tenemos que buscar a alguien que lleve el dinero—exclamó el "Barón", haciendo como que pensaba en la persona que podría ayudarles.

Un tercer personaje que hasta entonces había permanecido echado en un sofá, leyendo un suelto de un periódico, que debía serle muy interesante y que daba cuenta del robo de ciertos títulos, se acercó adonde estaba el "Barón" y exclamó:

—¿Y yo no estoy aquí para lo que os sea necesario?

Este individuo, conocido por el "Dátiles" debido a la ligereza y maestría con que sabía apoderarse de las carteras ajenas, era el hombre de confianza del "Barón" y éste respondió a su ofrecimiento:

—Es verdad. No habíamos caído... El "Dátiles" puede cuidarse del dinero...

—Ya lo creo que el "Dátiles" puede cuidarse del dinero—respondió Tony—. ¿Pero quién se cuida de él?

—A quién lo vamos a dar, entonces?—preguntó el "Barón", viendo que le había salido mal su primera combinación.

—Con todo ese dinero, yo no me fiaría de ninguno de los que conocemos; ya sabes qué clase de gentecita es toda.

El "Barón" quiso dejar ultimado el asunto y exclamó, dando por terminada la entrevista:

—Mira, "Taxi". No tengo manías... Tú te encargarás de buscarlo. Quien tú escojas para llevar el dinero está bien; además, que nosotros viajaremos en el mismo tren.

—Descuida — respondió Tony despidiéndose—. Yo encontraré a alguien para antes de que salga el tren. Ahora voy a telegrafiar a aquella gente del Canadá para decirle que esta noche salimos para allí y, a la vez, recogeré los billetes.

Ultimado el "negocio", se despidieron hasta el momento de partida, si bien el "Barón" no tenía intención de perderlo de vista hasta el momento de verlo subir al tren.

SEGUNDA PARTE

Una hora después se hallaba en la estación del ferrocarril y al acercarse a la ventanilla vió parada en ella una joven de extraordinaria belleza, que preguntaba al empleado:

—¿No hay ninguna combinación más barata para llegar a Vancouver?

—Como no sea ir andando — respondió el hombre de la ventanilla.

Tony se quedó mirando a la joven y, atraído por la dulzura de su semblante y por su aire de inocencia, se le ocurrió inmediatamente una idea. Nadie mejor que ella podría ser la persona que llevase hasta Vancouver el dinero. Tal como lo pensó lo hizo. Siguió a la joven hasta la sala de descanso a donde había entrado y, viendo que estaban completamente solos, se acercó a ella y le dijo:

—Usted perdone, señorita. Si no he oido mal, ha dicho usted algo de Vancouver en la ventanilla de billetes.

—Sí, señor — respondió la joven ingenuamente—. Es mi ciudad natal y ojalá estuviera ya de vuelta allí.

—¡Qué casualidad! — exclamó riendo Tony—. Precisamente voy a Vancouver esta noche. ¿Puedo serle a usted útil en algo?

—Le agradezco el ofrecimiento, pero como tengo que quedarme aquí hasta que reúna el dinero del pasaje, es inútil—contestó ella.

—No lo crea usted así—exclamó Tony—. He tomado dos billetes para Vancouver y, en realidad, no voy a utilizar más que uno... ¿Quiere usted aceptar el otro?

La joven se levantó de su asiento con dignidad y exclamó ofendida:

—¡Caballero, le ruego que me deje!... ¡Sin duda, se ha equivocado usted conmigo!

—No me ha entendido usted, señorita—volvió a decirle Tony, haciéndola nuevamente sentar—. Le ruego que no interprete mal mi ofrecimiento. Tendrá usted un comportamiento separado y podrá viajar como mi secretaria.

—En ese caso acepto—respondió la muchacha—. ¿Dónde nos encontraremos?

—Aquí mismo, a las ocho—le dijo Tony, dándole la mano en señal de despedida.

Mientras hablaba con la joven, desde fuera, la señora de Brent, más conocida también por

la "Baronesa", había estado espiándolo y se acercó a su marido para decirle:

—Oye, Bill... ¿En qué estará pensando "Taxi" para enredarse a última hora con una desconocida?

—Déjalo que se divierta, mujer—respondió, riendo cínicamente el "Barón"—. No sabe él las fatigas que va a pasar bien pronto.

—Sin embargo—volvió a decir la señora de Brent—, me parece una locura entregarle los títulos a una desconocida.

—Ya te he dicho que los títulos y el dinero que él llevará se quedarán en nuestro poder esta misma noche. Ya tengo todo preparado para que en mitad del camino nos asalten varios de mis hombres y lo desvalijen.

—No puedo negar que eres un hombre grande, Bill—exclamó admirada la elegante señora de Brent.

El intervalo de tiempo que tenía la joven desconocida hasta el momento de salir el tren lo dedicó en ir a ver a su novio, que estaba encarcelado como presunto ladrón de los títulos que le había dado el "Barón" a Tony, y ésta era la razón por que Nan Parker, que así se llamaba, estaba en la estación en busca del "Barón", a quien su novio había acusado.

Cuando le concedieron permiso para hablar con él, le dijo, sin poder disimular su alegría:

—Hoy traigo buenas noticias, Jack... Ya he dado con ese hombre a quien llaman el "Ba-

rón". Pero tu asunto lo veo muy mal... Tus relaciones con ese sujeto te perjudican mucho.

—Es decir, que tú también dudas de mi inocencia?—exclamó Jack—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que he sido víctima de un infame lazo?... ¿También tú te vuelves contra mí?

—No, Jack—respondió la joven—. Te creo y te he creído siempre... Y aun sigo queriéndote como antes, pero no sé lo que hacer para demostrar tu inocencia.

—Lo principal es ararncarle esos títulos que te he dicho al "Barón", cuanto antes, porque esta noche me llevan al presidio.

—No te apures—respondió Nan, queriéndole infundir ánimos—. Tengo un plan que tiene que salirme bien...

Pero antes de que pudiera explicarle nada se acercó a ella un guardián de la cárcel y le dijo:

—Ha terminado la hora de las visitas. Puede usted retirarse inmediatamente.

Y sin poderle decir nada respecto del viaje que haría aquella noche, para estar cerca del "Barón" y apoderarse de los títulos, salió de la cárcel para dirigirse a la estación, según había convenido con Tony.

TERCERA PARTE

A la hora señalada se encontraba ya Tony en la estación esperando a la joven que había de acompañarle y apenas la vió se acercó a ella y le dijo, ofreciéndole un abrigo de señora que llevaba en el brazo:

—¿Tendría usted inconveniente en llevar ese abrigo?

Ella hizo un gesto de extrañeza y Tony se apresuró a explicarle:

—No es como regalo, puesto que es para una hermana mía que está en Vancouver, sino para pasarlo por la frontera sin pagar aduana...

—Siendo así, no tengo inconveniente—respondió Nan, a la vez que miraba a todas partes, hasta que, finalmente, preguntó:

—¿No me dijo usted que su socio y su señora vendrían con nosotros?

—Sí—respondió Tony—. Probablemente deberán estar ya en el tren.

En efecto, apenas entraron en el tren se en-

contraron con el "Barón" y su señora, acompañados del "Dátiles".

Tony se acercó a ellos y les presentó a Nan como su secretario, a quien le dijo después, indicándole un departamento que había vacío.

—Usted y la señora de Brent pueden ocupar este compartimiento; nosotros vamos al de al lado a distraernos un rato.

Cuando se hallaron reunidos los tres hombres, el "Barón", extrañado de la compañía que se había traído Tony, le preguntó:

—Oye, Tony, ¿se puede saber por qué has traído aquí a ese angelito de niña?

Tony se echó a reír y exclamó:

—Precisamente por eso, porque tiene cara de angelito.

—Sigo sin comprender, "Taxi".

—Yo te lo explicaré más claro. ¿No necesitábamos una persona que llevase el dinero hasta Vancouver? Pues los títulos y el dinero están cosidos en el forro de su abrigo, sin que ella misma lo sepa.

Varias veces, la señora de Brent intentó, entre tanto, entablar conversación con la joven, pero ésta contestaba a sus preguntas con monosílabos, hasta que, finalmente, convencida de que aquella mujer era tonta de remate, se levantó de su asiento, diciéndole:

—Si quiere usted, puede venir al otro vagón, donde están mi esposo y el señor Tony. Por



Ante el estupor de todos

lo menos pasaremos la velada distraídas viéndolos jugar.

Nan no opuso ningún inconveniente; antes al contrario, deseaba estar cerca del "Barón", puestos que sus deseos eran adivinar dónde tenía los títulos escondidos. Entraron al vagón donde estaban los tres amigos y las dos mujeres, quitándose los abrigos, los colgaron en la perchera y la "Baronesa" se dispuso a tomar parte en el juego. Nan, que estaba a su lado, veía cómo iba ganando aquélla, valiéndose de trampas y disgustada por que le ganaran el dinero a Tony, quien, desde el primer momento, le había sido extraordinariamente simpático, no pudiendo menos que exclamar, para que se diera cuenta de lo que pasaba:

—Son ustedes muy amables dejando ganar siempre a la señora de Brent.

—Verdaderamente, esta noche está de suerte—respondió Tony.

Nan iba a insistir nuevamente, pero en aquel momento se abrió la puerta y aparecieron dos enmascarados con revólver en mano, exclamando:

—¡El primero que grite o haga el menor movimiento es hombre muerto! ¡Venga el dinero que llevas encima, "Taxi"!

Pero el "Barón", viendo que erraban el golpe, le hizo señas con los ojos para que buscaran en el abrigo de Nan. Los ladrones creyeron que les quería decir que era la joven la

que llevaba los doscientos mil dólares y se volvieron hacia ella, diciéndole:

—¡Venga ese dinero que lleva!

—Yo no llevo ningún dinero—protestó Nan, librándose de los bandidos.

—No hagas tantos melindres—volvió a decirle el cómplice del "Barón"—. Ya sabemos que eres tú la que llevas los títulos y el dinero...

Entonces fué cuando Tony se dió cuenta de la partida que le habían jugado y exclamó, indignado:

—¿Te crees que no lo veo, "Barón"? Estos dos son de tu pandilla y tú eres el canalla que has preparado este atraco.

Antes de que pudiera contestar el acusado, se abrió la puerta del compartimiento y, ante el estupor de todos, se presentó un inspector de policía, que, al ver a todos en pie, si bien los ladrones habían procurado ocultar sus pistolas, le dijo al "Barón":

—¡Caramba, "Barón"! ¿Estáis celebrando un mitin, o qué?—Y reparando en Tony, le preguntó a su vez: "Y tú, "Taxi", a qué te dedicas ahora?

—A lo mismo de siempre—respondió Tony.

Entonces fué cuando el policía se dió cuenta de la presencia de Nan, la única persona a quien no conocía, y le preguntó:

—¿Y tú, de dónde has salido, que no te he visto nunca hasta ahora?

Ante el temor de que le pudiera ocurrir algo desagradable a la joven, Tony se acercó al policía y le dijo:

—Déjela en paz, Harry... Ella no tiene nada que ver con nosotros. Si viene a llevarse a alguien, despache pronto y... a otra cosa...

—Calma, calma—contestó el policía—. No hay que precipitarse. Anoche desapareció un magnífico collar de perlas... y tengo órdenes de cachearos.

Apenas el "Dátiles" oyó lo del collar, se quitó la corbata que llevaba y la dejó dentro de la americana de Tony, que estaba colgada a su lado.

—Vamos, Harry —exclamó Tony—, usted nos conoce de sobras y sabe que no somos ninguno ladrones...

—Sí, ya lo sé—respondió el policía—pero hay muchos que sin dejar su negocio, no saben desaprovechar otro que se presente de improviso.

Y sin dar más explicaciones, empezó a cachear y a registrar todas las americanas hasta que se encontró, en la corbata que llevaba el "Dátiles", el collar que buscaba, y preguntó sonriendo:

—¿De quién es esta americana?

—Mía—respondió Tony—pero esta corbata es del "Dátiles".

—Ni soñarlo— exclamó éste, sacando del bolsillo de su americana otra corbata de color

y mostrándosela al policía—. En mi vida me he puesto una corbata negra. Aquí tengo la mía. El "Barón", para evitar toda sospecha de parte de Tony, intervino reconciliador y le dijo al representante de la autoridad:

—Harry, usted conoce a Tony y sabe que es incapaz de cometer semejante acción.

—Lo siento, "Taxi"—exclamó el policía—, pero tú llevabas encima el collar y tienes que venir conmigo a declarar.

Nan comprendió en seguida que aquel hombre era víctima de las malas artes del "Barón" y atraída hacia él por una simpatía extraordinaria, se acercó adonde estaba el policía y le preguntó:

—¿Puedo ir con mi marido?

Tony no pudo disimular su extrañeza, pero el policía, que no se había dado cuenta de ella, se encogió de hombros, como dando a entender que no tenía ningún inconveniente, y la muchacha salió con ellos dos.

Apenas habían salido del compartimiento cuando le dijo el "Barón" a su mujer:

—Encárgate de los abrigos, que va el dinero dentro del de esa joven.

Como si se tratara de una prestidigitadora, la "Baronesa", colocó su abrigo encima del de Nan, y cuando ésta volvió a recogerlo, después de haber arreglado sus cosas, se lo llevó cambiado sin darse cuenta de ello, mientras que el tren seguía su marcha hacia la

frontera y los cómplices del "Barón" celebraban con éste la trampa en que había caído el incauto "Taxi".

Después de varias horas en los calabozos, Tony Driscoll y su fiador comparecieron ante el juez, para que éste otorgara la libertad mediante fianza de "Taxi". No le costó mucho trabajo obtenerla, al fiador, quien, al volver a su casa, le dijo a Tony:

—Ya sabes que tienes que responder del importe de la fianza, "Taxi".

—No tengo inconveniente—respondió Tony acordándose de que en el abrigo de la joven llevaba dinero suficiente para ello—. Aquí mismo traigo la cantidad.

Se acercó adonde estaba Nan y le dijo, sonriendo:

—La verdad es que tuvo usted una idea genial al no abandonar su abrigo y decir que era mi mujer, para salir del tren conmigo.

—No lo hice por usted— respondió secamente Nan—. Lo hice para apoderarme de unos títulos robados por el "Barón" y poder sacar de la cárcel a mi novio.

Aquella respuesta sorprendió grandemente a Tony, que ignoraba la procedencia de los Títulos que le había entregado su cómplice; pero al saber que de ellos dependía la libertad de un inocente, no dudó en decirle:

—Le juro a usted que ignoraba por completo que esos Títulos hubieran sido robados



— ¿Como diablos estás aquí?

y si han de salvar a su novio, puede usted quedarse con ellos. Están en el forro de ese abrigo.

Maquinalmente Nan se puso a buscar en el abrigo el lugar donde estaban los Títulos, sin que, naturalmente, diera con ellos, hasta que Tony exclamó:

—Ese abrigo no es el que yo le entregué; lo han cambiado, los canallas. ¡Me han ganado la mano, pero yo le aseguro que no se reirán mucho tiempo a mi costal!

Volvió al lado de su fiador y le dijo:

—Esta vez, tendrás que fiarte de mi palabra, Jim... El "Barón" me ha jugado una mala partida y no tengo aquí el dinero que necesito para la fianza.

—No hay más que hablar—respondió el fiador—. Sería la primera vez que "Taxi" dejara de cumplir su palabra...

—Entonces — volvió a decirle "Taxi"—, ¿querías llevarnos con tu coche al aeródromo más cercano? Tengo que alcanzar al expreso de Vancouver antes que cruce la frontera...

Media hora después, Tony y su bella acompañante se hallaban volando sobre un avión facilitado por el mismo Jim, y a las pocas horas de vuelo alcanzaron al expreso, que se dirigía hacia la frontera.

—Páselo y aterrice en la próxima estación —le dijo Tony al piloto.

Este cumplió la orden y, minutos después, Tony y Nan esperaban la llegada del expreso, para volver a subir a él.

Figúrese cuál no sería la sorpresa del "Barón" y de sus cómplices al ver nuevamente en el tren a Tony, sorpresa que le hizo exclamar al bandido:

—¿Cómo diablos estás ahora aquí?

Tony se echó a reír irónicamente y exclamó:

—"Barón", te olvidas de los aeroplanos y del placer que tengo en que hagamos este viaje reunidos, como buenos camaradas.

Aquella calma que aparentaba el "Taxi",

no les infundía mucha confianza a los demás, quienes no lo perdían de vista.

Nan, entre tanto, seguía las instrucciones que le había dado Tony, y disimuladamente salió del compartimiento para entrar en el que estaban antes los abrigos. Allí encontró el suyo, buscó en el forro y vió con la siguiente sorpresa que los Títulos habían desaparecido. El "Barón" adivinó lo que buscaba la joven, e intentó correr hacia el otro departamento, para impedir que la muchacha siguiera buscando; pero antes de que pudiera salir, Tony corrió hacia donde estaba Nan y se encerró con ella, diciéndole:

—¿Ha encontrado usted los Títulos?

—No están en el abrigo—respondió la joven.

—Pues, busque usted por todas partes, porque tengo la seguridad de que los Títulos están aquí; sino, no se hubiera alarmado el "Barón". Tenemos que encontrarlos antes de que pasemos la frontera, o despedirnos de ellos para siempre.

Nan revolvió cuantos envoltorios encontró a mano, hasta que por fin los encontró en el fondo de una maleta, y exclamó:

—¡Ya están aquí! ¡Ya los tengo en mi poder!

—Entonces, huyamos. Son demasiados contra uno solo— respondió Tony, abriendo la puerta contraria y huyendo con la joven.

Pero el "Barón" y su gente los vieron escapar y corrieron tras ellos, que para librarse de la persecución se subieron al techo del tren, para ir de un vagón a otro. También allí siguió la persecución, y cuando llegaron al último vagón bajaron a él y Tony le dijo a su compañera, sacando el revólver.

—Aquí nos haremos fuertes contra esos canallas.

Mas los canallas, como los llamaba Tony, habían hecho una de las suyas con el fin de que los jóvenes no pudieran ser auxiliados por nadie. Habían desenganchado el vagón y se habían quedado en el techo del mismo, mientras que el resto del tren seguía su marcha normal. Pronto se dió cuenta Nan de la difícil situación en que se hallaban, y le dijo a Tony:

—Retrocedemos hacia abajo, Tony.

—No tenga cuidado—respondió el "Taxi".

—En la cuesta que hemos pasado hace media hora se detendrá el coche y cuando se den cuenta de ello los del tren, vendrán en nuestro auxilio, si estos granujas no han terminado ya con nosotros.

Tal como había dicho Tony había sucedido. Al llegar a la primera estación, el jefe del tren se dió cuenta de la desaparición del vagón de cola y telefoneó a la estación más importante inmediata, dándole cuenta de lo



Aquí nos haremos fuertes

ocurrido, para que salieran en auxilio de los que lo ocupaban.

—Se trata de una partida de bandidos que lo han desenganchado—le dijo el jefe del tren —y no estaría de más que en la locomotora fueran algunos detectives, para apoderarse de ellos.

CUARTA PARTE

Entre tanto, el vagón donde iba Nan y Tony, perseguidos por el "Barón" y sus cómplices, seguía su marcha descendente, hasta llegar a la cuesta que había indicado Tony y quedar enteramente parado. Entonces el "Barón" creyó llegado el momento de abordar la cuestión definitivamente, y le dijo a uno de sus cómplices:

—Baja tú, "Manazas", y acaba con él.

El aludido, creyendo que sus puños serían suficientes para reducir a la obediencia a Tony, se tiró dentro del vagón donde éste estaba. Pero antes de que llegara al suelo, Tony

se apoderó de él y de un empujón lo hizo rodar fuera del coche.

Ante aquella demostración, ni el "Dátiles" ni el "Barón" quisieron probar fortuna, sino que saltaron a tierra y empezaron a disparar contra Tony y Nan, que, parapetados detrás de un asiento, contestaban con sus disparos a los de los bandidos.

Los cristales del vagón estaban hechos añicos por los disparos de una y otra parte, hasta que el "Barón" pretendió amedrentar a Tony, y le dijo:

—Como no nos tiréis los Títulos y el dinero, os vamos a achicharrar a tiros.

La respuesta de Tony fué el disparar el cargador que había puesto de nuevo a su pistola, a la vez que decía:

—Ya sabes, "Barón", que "Taxi" no se asusta tan fácilmente.

De pronto, el silbido de un tren que se aproximaba, hizo exclamar al "Barón" alegramente:

—¡Ahora los pescaremos!... No tienen más remedio que saltar del vagón, si no quieren morir aplastados...

Nan vió también venir al otro tren, y corrió al lado de Tony, asustada, diciéndole:

—Vamos a ser arrollados por otro tren que viene en esta dirección.

Unos instantes fueron suficientes para que Tony comprendiera la difícil situación en que

se hallaban; pero sin pensar más que en salvar a la joven de una muerte segura, le dijo:

—Salte usted por la otra ventanilla, en seguida... ¡A usted no le harán nada!

Pero la joven se resistió a cumplir la orden, diciendo:

—¡Si usted se queda, yo no salto! ¡Tireles esos malditos Títulos!

Tony sonrió irónicamente, a la vez que le dijo:

—¡Eso, nunca!... ¡Yo no me rindo a esa partida de granujas!

Las descargas por una y otra parte se reновaron de nuevo, hasta que el "Barón", viendo que el tren que llegaba era una sola máquina y que paraba su marcha, comprendió de lo que se trataba y les dijo a sus compañeros:

—¡Ojo!... ¡Son detectives de la brigada de ferrocarriles! ¡Esconded pronto las armas y pongámonos fuera de su alcance!

Pero antes de que pudieran cumplir la orden, ya los detectives habían saltado a tierra y encañonándolos con las pistolas los hicieron entregarse sin ofrecer resistencia.

—¿Por qué han desenganchado el vagón del resto del tren?—preguntó uno de los detectives.

Tony, que se había apeado del vagón, se acercó a él y le dijo:

—Yo se lo explicaré todo. Aquí se trataba



—Hombre, éstos son Títulos que tanto buscamos

de recuperar estos Títulos antes de que pasesen la frontera.

El detective tomó los Títulos que le daba Tony, y después de examinarlos exclamó alegramente:

—¡Hombre, éstos son los Títulos que tanto buscamos! ¿Cómo están en su poder?

—Sencillamente—respondió Tony— porque se los he quitado a esa gente, cuando pensaban hacerlos dinero en el Canadá.

—¡Eso no es verdad!—exclamó inmediata-

mente el "Barón"—. No sé qué Títulos son esos, ni de qué hablan ustedes.

—Bueno— terminó diciendo el detective—. Todo eso se lo contáis luego al juez, pero ahora os llevo detenidos a todos.

Las declaracines de Nan fueron tan favorables para Tony, que el tribunal no dudó un instante en absolver a éste, a la vez que condenaba al "Barón" y a sus cómplices.

Cuando por fin se vió en libertad, Tony le dió las gracias a su perciosa compañera, diciéndole:

—Le agradezco mucho, Nan, qué haya usted declarado tan favorablemente para mí.

—No he hecho más que lo que debía, Tony—respondió la muchacha—. Reconozco que es usted un hombre honrado; de lo contrario, no me hubiera ayudado a recuperar esos Títulos que darán la libertad a mi novio.

Tony, al oírla expresarse así, bajó la cabeza y exclamó, suspirando:

—¡Qué feliz debe ser con su amor, Nan!

Se dieron la mano en señal de despedida, y al sentir el uno el contacto del otro, no pudieron reprimir un sentimiento extraordinario que hacia aquella despedida dolorosa.

Durante los días siguientes, el recuerdo de Nan atormentaba constantemente a Tony, la figura gracil y bella de la muchacha se le aparecía por todas partes y estaba convencido que solamente en el amor de aquella mu-



— ¿Supongo que será muy feliz?

chacha podría encontrar la felicidad que tanto ambicionaba, y con el deseo de abandonar la ciudad, vendió todo el negocio de taxis.

Los periódicos no tardaron en dar la sensacional noticia de la aparición de los Títulos, diciendo en sus columnas:

"Han aparecido los Títulos robados, gracias a la intrepidez de la novia del acusado Jack Madison, el cual ha sido puesto en libertad inmediatamente.

"Tres cuartas partes de los Títulos robados

han sido recuperados, pero hasta ahora se ignora el paradero del resto de ellos."

Aquella noticia terminó por decidir a Tony para abandonar la ciudad. Estaba seguro de que ya no volvería a ver más a Nan, puesto que ésta, al lado de su novio, olvidaría fácilmente que otro hombre, quizás con más méritos, luchaba desonadamente para contener la pasión que había despertado en su pecho.

Decidido a ello, una tarde llamó por teléfono a la compañía naviera y le dijo:

—Deseo que me reserven un pasaje en el primer buque que salga para Honolulu...

No se había fijado Tony que en la puerta de su despacho aparecía en aquel instante la preciosa Nan y que oyó sus palabras. Sin darle tiempo a que terminara la orden, exclamó la joven, corriendo hacia él.

—¡Qué suerte la mía!... ¡Encontrarle en el preciso momento en que va usted a emprender un viaje!

Tony se la quedó mirando, sin poder adivinar el secreto que encerraban aquellas palabras, y le preguntó melancólicamente:

—¿Supongo que será usted muy feliz, ahora que han soltado a su novio?

Nan bajó la cabeza avergonzada y respondió:

—Su libertad no fué más que una estratagema de la policía, que siempre había sospechado de él, y al fin le sorprendieron con

el resto de los Títulos, confesándose, por último, cómplice del "Barón". ¡Pero no me importa, porque así puedo decirle a usted una cosa que deseaba: que le amo!

Tony no pudo contenerse y estrechó entre sus brazos a Nan, en un transporte de verdadera pasión. Mas de pronto recapacitó y le dijo:

—Tengo miedo, Nan... Miedo de no hacerla todo lo feliz que usted se merece.

La felicidad consiste en el amor, y el nuestro nos dará la dicha que deseamos—respondió Nan, estrechándose contra su pecho.

Tony, que no había abandonado el auricular, volvió a comunicar con la compañía de buques, y le dijo:

—En vez de un pasaje, resérvenme dos.

FIN

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

Pronto ! Pronto !
aparecerá el gran

ALMANAQUE de Biblioteca Films

PORTADA A TODO COLOR

PROFUSIÓN DE GRABADOS
ANÉCDOTAS DE CINELANDIA
NOVELAS DE LOS MÁS GRANDES FILMS
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PREDILECTOS

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO:

SOCIÉDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbará, 16.-BARCELONA Caños, 1.-MADRID

*Sí no lo encuentra en su localidad pídale a;
BIBLIOTECA FILMS
Apartado de Correos 707.-BARCELONA*

remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos de correo,
que se lo envelará en seguida,

NO DEJE DE COLECCIONAR
LAS EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

96 páginas de texto selecto
Profusión de fotografías
PRECIO: UNA PESETA

El Arca de Noé . . . George O'Brien
La Mujer Disputada. Norma Talmadge
Trafalgar . . . Corinne Griffith

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS
Apartado Correos 707-BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas. Precio
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franquicia gratis